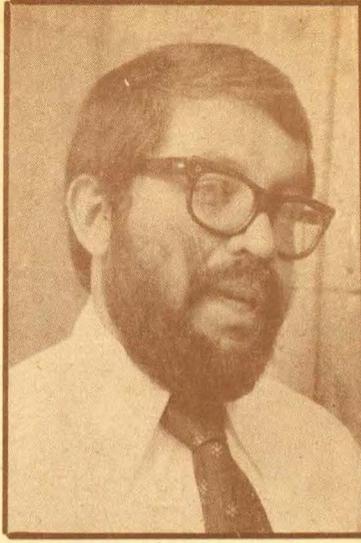




POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



Escribí el artículo publicado por **SIEMPRE!** la semana pasada el jueves 3 de noviembre. Ese mismo día, según informó un miembro de la dirección charra del Sindicato Único de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana (SUTERM), el presidente de la República recibió en Mexicali a miembros de la Tendencia Democrática de ese gremio, que en esa ciudad tienen todavía uno de sus baluartes, y los reprendió. Como consecuencia natural de su regaño, que según el vocero charro habría sido en el mismo tono que empleó el Ejecutivo una semana atrás con estudiantes que buscaban hablar con él en Mina-

titlán, dos días después, el 5 de noviembre, la policía deshizo la "ciudad perdida" a la que el texto mencionado se refería y la destruyó. Cuando el artículo fue publicado no había perdido, a mi juicio, oportunidad, a pesar de que había sido rebasado por los hechos. Al contrario, y lamentablemente, conservó su vigencia, pues se cumplió, uno de los términos de la alternativa planteada.

El mal trato dispensado a los electricistas que quieren tener, simultáneamente, dignidad y trabajo no es asunto menor ni aislado. Viene a ratificar un hecho sabido, pero que las ganas de creer contribuyen a olvidar un poco. Es cierto que el mundo de la política formal y el de la organización sindical son distintos. Se sabe también que aquella es más manejable, por su propia naturaleza, con medidas también formales. Es propio, así, entender que no pueda aspirarse, a golpe de reformas legales, a una modificación de las estructuras y estilos de la relación entre el gobierno y los trabajadores organizados ni en la relación de éstos entre sí, como en cambio puede hacerse en el ámbito de los partidos políticos. Pero si la reforma política se queda sólo en la forma, y no se funda también en actitudes nuevas del gobierno federal ante los problemas laborales, no sólo no cumplirá sus fines, sino que contribuirá a ahondar una de las varias esquizofrenias que padecemos.

En efecto, hoy pueden observarse, separados con toda pulcritud, dos planos en la vida política. De una parte, la liberalización del régimen en el piso que corresponde a la vida partidaria y de otro lado la rigidización de los moldes dentro de los que se busca mantener contenido al movimiento obrero: La apertura y la apretura opuestas, inconciliables, necesitada una de vencer a la otra.

No sólo, por supuesto, se trata de los electricistas. El tratamiento dado a su litigio ya sería bastante indicativo de una política, de una concepción de la vida inclusive. Pero hay mayores evidencias a este propósito. Téngase presente, por ejemplo, el proceso de las huelgas en el servicio del transporte aéreo. Se ha buscado, con insistencia feroz, satanizar los movimientos que en los últimos dos meses han afectado a diversas empresas. Se procura, con toda intención según las apariencias, ignorar que la huelga es un instrumento de lucha legítimo, previsto por la ley. En vez de tal concepción, la que se difunde es la que define la huelga como un crimen.

¿Cual es el resultado, pongamos por caso, de la huelga en Aeroméxico? No que los trabajadores obtuvieran un incremento de diez por ciento en sus salarios. El resultado que se hace público, que se subraya, que se enfatiza, es que la empresa perdió cuarenta y ocho millones de pesos. De ello los culpables son los trabajadores, que con irresponsabilidad, según sus detractores, paralizan el servicio. La culpa de los huelguistas, de acuerdo con el diseño publicitario encaminado a demonizarlos, no se limita al daño que causan a su fuente de trabajo, sino a la economía nacional entera. Así lo declaran los industriales del turismo y de la gastronomía. A su posición se suman los líderes charros de los gremios correspondientes. El gobierno, a su turno, contribuye a ratificar la idea.

En efecto, ante la huelga de Mexicana de Aviación, el gobierno federal requisó los bienes de la empresa, a efecto de asegurar la continuidad de un servicio público. Se sabe que tal medida administrativa no afecta en nada, formalmente, el curso laboral de la

Licenciado José López Portillo, presidente de México.

Las Cartas De Triunfo Que Dejó Echeverría

LO IMPERDONABLE EN FERNANDO
ES QUE OFENDA LA FIGURA DE
CÁRDENAS CON ESA COMPARACIÓN



Jamás —que yo recuerde— se pronunció injuria más grave contra los mexicanos. ¿Cómo es posible que para defender a un gobernante ejecutoriado por la opinión pública, y que carece de defensas frente a los hechos que le acusan y le acosan, un escritor indigenista recurra a escarnecer y vilipendiar a su pueblo, al pueblo que le ha dado asuntos, y hasta lectores? ¿O es que en el fondo de Benítez, y del echeverrismo intelectualoide, hay un elitismo que desdeña al humilde aunque lo use como carne de discurso y manifestación, o para utilería de reportaje? Fíjense: qué bien viven todos los demagogos de la maffia. ¿Cuál de ellos ha sido político en los pueblos? ¿Quién conoce, de entre toda esa gente, cómo viven realmente los humildes?



Sexta. —El agrarismo de Félix Barra García, auxiliado por Guillermo Romero y otros.

Séptima. —El genio legislativo, múltiple, del honorable diplomático Augusto Gómez Villanueva.

Octava. —El talento político del precarista Negro Sansores.

Novena. —La demagogia de Porfirio Muñoz Ledo.

Décima. —La generosidad del moderno Fray Bartolomé de las Casas, joven Ovalle.

Undécima. —La sólida economía del Canal 13 y de los Estudios Churubusco.

Duodécima. —La “Liga 23 de Septiembre”...

Y muchas otras “cartas de triunfo” que harán posible al actual gobierno salir de esta crisis. ¿Qué haríamos sin tantos ases, y sin el cubilete en la mano?

Por último, algo de poca importancia. Me alude Benítez como el exgobernador que “besaba las suelas de los zapatos a Echeverría cuando era presidente, y que hoy, al amparo de la impunidad que propició en su tiempo el presidente, lo ataca sin misericordia...”

Ejercí el periodismo muchos años —desde 1939— antes de intervenir en la política electoral (de 1961 a 1976). Jamás fui molestado por mis críticas al través de cinco sexenios: de Cárdenas a López Mateos. La libertad de prensa no es obra echeverrista, como tampoco el ferrocarril de México a Veracruz. No ataco sin misericordia. Atacó por misericordia: por misericordia al pueblo de México, por preocupación acerca de su porvenir.

De haber sido un adulator y no un crítico permanente de Echeverría, se me habría acogido en la maffia y nunca hubiese tenido problemas de agitación propiciados desde Los Pinos durante mi desempeño gubernamental. Fue precisamente una actitud digna como gobernador, que no admitió cercenamientos al territorio de su estado ni intervenciones de los dos socios de Echeverría ubicados en las otras entidades de la Península como ejecutivos, la que me puso frente a un mandatario nacional que al principio nos ofreció la imagen más recia y convincente, y luego se desmoronó. Yo no he cambiado: el que cambió fue Echeverría.

Y nunca hubiese podido besar las suelas de sus botas. Ahí siempre estuvo la lengua de Fernando Benítez, un maestro de la lengua ciertamente.

México, D.F., noviembre de 1977.